

ADAPATACIÓN. Alejandro Casona: LA ÍNSULA DE BARATARIA

*Sala de Justicia en el palacio de Sancho. Se lee la siguiente inscripción: «Hoy tomó posesión de esta Isla de Barataria el señor don Sancho Panza, que muchos años la goce». El CRONISTA se asoma a una ventana. Se oyen vítores, tambores y repique de campanas. Entra el MAYORDOMO.)*

MAYORDOMO: ¿Viene ya el señor gobernador?

CRONISTA: En este momento entra en la plaza rodeado de pajes y escuderos. El pueblo le aclama, la guardia escolta y el alcalde le besa las manos. *(Se oye un rebuzno.)*

MAYORDOMO: ¡Qué elegante figura hace nuestro gobernador montado en su borrico!

CRONISTA: Pero acláreme, que no salgo de mi asombro, ¿qué significa todo esto? ¿Es posible que nuestros señores los duques hayan elegido para gobernarnos a ese garrulo con pinta de chiflado?

MAYORDOMO: Los duques nos le envían, pero no es más que una burla. Este gobernador que aquí llega es el gran Sancho Panza, un hombre simple y sin nada en la mollera.

CRONISTA: ¿El escudero de ese extraordinario loco al que llaman don Quijote de la Mancha?

MAYORDOMO: El mismo. Resulta que don Quijote le tenía prometido el gobierno de una isla a su escudero que, por lo visto, no está mucho más cuerdo que su amo. Y nuestros señores los duques, en cuyo palacio se hospedaban los dos, han organizado una broma: hacer creer al bueno de Sancho que este lugar es la isla prometida, y dejar que la gobierne unos días para ver hasta dónde llega su simpleza administrando justicia y viviendo como un señor de palacio.

CRONISTA: Entonces todos esos que le aplauden ¿están en el secreto?

MAYORDOMO: La mayoría no, para sea más creíble esta broma. Hay que tratarle con toda cortesía y anotar por escrito los hechos y dichos de Sancho Panza para comunicarlos a la señora duquesa, que espera partirse de risa con sus ocurrencias.

CRONISTA: Silencio. Aquí llega nuestro gobernador.

*(Entra SANCHO, seguido por el DOCTOR. El MAYORDOMO le ofrece las llaves.)*

MAYORDOMO: Estas son las llaves de nuestra ciudad, señor gobernador.

SANCHO: ¿Ya soy gobernador?

MAYORDOMO: Por la gracia de Dios y de nuestros señores los duques.

SANCHO: ¿Y puedo ya mandar?

MAYORDOMO: Estamos todos deseando obedecerle como fieles vasallos.

SANCHO: ¿Quién es usted?

MAYORDOMO: Mayordomo soy de este palacio, con licencia vuestra. *(Nuevo rebuzno.)*

SANCHO: Pues a usted le mando en primer lugar, señor mayordomo. Cuide de ese pollino que me ha traído, como si fuera mi propio hermano.

MAYORDOMO: ¿Qué pollino?

SANCHO: Mi burro, hombre, que por no avergonzarle con ese nombre, le llamo rucio.

MAYORDOMO: ¿Y le parece al señor gobernador que soy yo el encargado de cuidar burros?

SANCHO: Paso a paso, señor mayordomo, no te ofendas tan deprisa. A ver: si aquí estuviera mi mujer Teresa Panza, ¿cómo la llamarías?

MAYORDOMO: Señora del gobernador. *(Hace una reverencia)*

SANCHO: Muy bien. ¿Y a mi hija, Sanchica Panza?

MAYORDOMO: Señora hija de gobernador. *(Reverencia)*

SANCHO: Genial. Pues ese pollino es mi amigo fiel, mi compañero de fatigas. ¡Trátale con la reverencia debida a al pollino de gobernador!

MAYORDOMO: Pero señor...

SANCHO: No se hable más: el gobernador lo manda y a callar, que en boca cerrada no entran moscas. Hala, ¡que cuiden a mi pollino!

MAYORDOMO: Como mande el señor gobernador. *(Al DOCTOR.)* ¡Atiendan al burro del señor gobernador!

DOCTOR: *(Al CRONISTA.)* ¡Atiendan al burro del señor gobernador!

CRONISTA: *(A un PAJE.)* ¡Atiendan al burro del señor gobernador!

PAJE: *(Al público)* ¡Atiendan al burro del señor gobernador!

SANCHO: ¡Menuda organización! ¿Y usted quién es?

CRONISTA: Soy el cronista y notario de la isla. Estoy a su servicio.

SANCHO: Esto... ¿Sabes leer y escribir?

CRONISTA: Pues claro. ¡Le digo que soy notario!

SANCHO: ¿Y qué? Yo soy más que notario y nunca aprendí a escribir ni a leer... Oiga, señor cronista, ¿qué quieren decir esas pinturas de ahí?

CRONISTA: Ahí está escrito y anotado el día en que vuestra señoría tomó posesión de este gobierno. y dice así: "Hoy tomó posesión de esta Ínsula Barataria el señor don Sancho Panza, que muchos años la goce."

SANCHO: (*Mirando en redondo.*) ¿Y a quién llaman aquí «don» Sancho Panza?

CRONISTA: A vuestra señoría, que en esta Ínsula jamás ha entrado otro Panza sino usted.

SANCHO: Pues mira, hermano, ni tengo «don» ni quiero que me llamen con "don". Sancho Panza a secas, como mi padre y mi abuelo; a mucha honra. De labradores vengo y el que tiene corta la pierna no necesita larga la sábana. Y mientras dormimos, todos somos iguales. Y después de muertos, el labrador y el obispo caben en un palmo de tierra. Y el hábito no hace al monje... ¡Y no digo más!

DOCTOR: Ni falta que, señor gobernador. Pero mire que no parece bien en un gobernador ensartar tantos refranes, más propios del pueblo que de los hombres sabios.

SANCHO: ¿Y quién es usted, señor don hombre sabio?

DOCTOR: Soy el Doctor del señor gobernador, graduado en la Universidad Complutense.

SANCHO: Pues use usted de su complutense y déjeme a mí usar mis refranes, que el que manda, manda; y las bobadas del rico, por sentencias pasan en el pueblo. Que si el cántaro da en la piedra o la piedra en el cántaro, el que se rompe es el cántaro. Y al buen entendedor las palabras sobran. Ahora, señores, quiero la comida, que llevo desde anoche sin probar bocado con el viajecito que me han dado a palo seco. Y pan y vino andan camino.

MAYORDOMO: Perdón, señor; antes hay que administrar justicia. Que todavía no es hora de comer, y hay aquí unos pleiteantes aguardando; tres o cuatro, no más. Tenga la vara de la Justicia. Pero antes de tomarla hay que cumplir con una vieja costumbre de esta tierra.

SANCHO: ¿"Cuál" costumbre?

MAYORDOMO: Es la costumbre que todo el que viene a tomar posesión de esta famosa isla está obligado lo primero a responder a una pregunta que sea algo difícil. Por su respuesta, el pueblo mide el ingenio del nuevo gobernador, y así se alegra o se entristece con su venida.

SANCHO: Pues venga esa pregunta, que yo sentenciaré lo mejor que sepa. Y si no acierto, al que da lo que tiene, no se le pida más. Conque adelante el preguntador.

MAYORDOMO: Pues es el caso, señor, que a la entrada de esta villa hay un puente, y en la mitad del puente hay una horca. Y está mandado que a todo el que pase el puente se le pregunte a dónde va. Si contesta la verdad, se le deja ir libremente; pero si contesta una mentira, se le ahorca ahí mismo. Pues bien, esta mañana llegó al puente un hombre, y al preguntarle los centinelas a dónde iba, contestó: «Voy a morir en esa horca.» Y ahí está lo grave, señor gobernador: que no hay manera de cumplir con la ley. Porque si se le deja libre habrá dicho una mentira, y entonces hay que ahorcarle. Pero si se le ahorca habría dicho la verdad y, entonces hay que dejarle libre. ¿Qué decide el Señor gobernador?

SANCHO: (*Se rasca la cabeza.*): O sea, que si se le deja libre no se cumple con la ley porque ha dicho mentira, y si se le ahorca tampoco se cumple con la ley porque ha dicho la verdad. Como si medio hombre mintiera y otro medio dijera la verdad.

DOCTOR: Muy bien visto.

SANCHO: Pues o yo soy un porro o este negocio se resuelve en dos patadas. Lo mejor sería partir a ese hombre en dos, ahorcar al medio hombre que mintió y dejar en libertad al medio hombre que dijo la verdad. Pero al partirlos se morirían los dos. Y como tenemos las mismas razones para perdonarle que para condenarle, y de ninguna manera se cumple la ley... lo que sobra es la ley. Perdonamos a ese hombre, que más vale ser injusto por perdonar que por castigar. A comer.

DOCTOR: Espere todavía, señor gobernador; los pleiteantes aguardan.

SANCHO: Mala costumbre ésta de traer pleitos a la hora del comer. Pero en fin, el que quiera peces, que se moje el culo. Y cada palo aguante su vela. Que pasen. (*Toma la vara y se sienta.*)

DOCTOR: ¿Qué me dices de nuestro gobernador?

CRONISTA: Que no tiene un pelo de tonto. Para burlarse de él le han nombrado; pero si sigue como hasta aquí, las bromas pueden volverse contra los burladores.

*(Pasa el CRONISTA a su mesa. Entran el LABRADOR y el SASTRE. Tras ellos entran dos VIEJOS -el uno con grueso báculo- que permanecen al fondo esperando su audiencia.)*

SASTRE: ¿Quién es el señor gobernador?

CRONISTA: ¿Quién va a ser? El que tiene la vara de la justicia. *(Corren los dos.)*

SASTRE: ¡Déjeme besar esas manos justicieras!

LABRADOR: ¡Déjeme a mí las manos y los pies!

SANCHO: ¡Ni manos ni pies ni besos ni nada. ¿Qué demonios queréis?

SASTRE: ¡Justicia contra ese mentiroso!

LABRADOR: ¡Justicia contra ese ladrón!

SASTRE: ¿Ladrón yo?

LABRADOR: ¿Embustero yo? *(Se dan golpes)*

SANCHO: *(Separándolos)* Quietos ya. Pasa a este lado tú; y tú a ese otro. Y háblame por este oído que el otro lo necesito para el que hable después. *(Se inclina a un lado con la mano en la oreja.)*

SASTRE: Yo, señor, soy sastre, que es oficio tan honrado como otro cualquiera, aunque tengamos fama de robar la tela que sobra de los encargos. Estando ayer en mi tienda llegó este labrador, me entregó dos piezas de paño y me preguntó: «¿Habrá bastante paño para hacer una caperuza?» Yo, tanteando el paño, dije: “sí”. Pero el hombre volvió a preguntar: «¿y habría bastante para hacer dos en vez de una?» Le vi mala intención, pero como no había hablado del tamaño, respondí: “también”. El muy zorro se queda pensando y volvió a preguntar: «¿Y no podrían salir tres?» «Sí, por poder, también pueden salir tres.» En fin, que él siguió añadiendo caperuzas y yo añadiendo que sí, hasta llegar a cinco. Con esto ya le pareció bastante y quedamos en que yo le haría cinco caperuzas. Ahora, al entregárselas, pone el grito en el cielo, y no sólo no me quiere pagar el trabajo, sino que pretende que yo le devuelva su paño. Eso es todo.

SANCHO: *(Cambiando ostensiblemente de mano y de oreja.)* ¿Es así, hermano?

LABRADOR: Así es.

SANCHO: ¿Y es verdad que él hizo cinco capuchas con el paño que le diste?

LABRADOR: Verdad también. Pero él nada me advirtió del tamaño. ¿Y sabe su señoría lo que ha hecho? ¡Muestra, muéstralas a la Justicia!

SASTRE: *(Sacando la mano de debajo del ferreruelo con una caperucita roja en cada dedo.)* Aquí están las cinco, una por una, y juro que están cortadas y cosidas con todas las de la ley.

LABRADOR: ¿No es un escarnio, señor gobernador?

SASTRE: Considere que él nada me dijo del tamaño. Pues ¿qué creía este sinvergüenza que puede hacerse con un cacho de paño así?

SANCHO: ¡Basta ya! El pleito está bien claro y aquí no hace falta más ley que el buen juicio. Ninguno de los dos tiene razón porque los dos habéis obrado de mala fe. Por lo tanto, que pierda el labrador el paño, y el sastre que pierda su trabajo. Y que se queden aquí las caperuzas para muestra. Y lárguense los dos con viento fresco, que no están los gobiernos para perder el tiempo. ¡Largo ahora mismo! *(Los dos litigantes corren atropellándose.)* ¡A comer!

DOCTOR: Espere un poco. Hay dos ancianos, con pleito de dineros. *(Se adelantan los dos.)*

SANCHO: Que hable el demandante.

VIEJO SIN BÁCULO: Es el caso, señor, que este vecino mío me pidió prestados hace tiempo cincuenta monedas. Se las di con la mejor voluntad y tardé todo lo que pude en recordarle la deuda por no ponerle en mayor necesidad de dinero. Ahora lo necesito yo, y me lo niega, diciendo que ya me los devolvió pero que no me acuerdo porque estoy algo cascajo.

SANCHO: ¿Tiene usted pruebas?

VIEJO SIN BÁCULO: Ahí está lo malo: que como le tenía por honrado, le entregué las monedas sin firma ni testigos. Sólo pido a su señoría que le tome juramento público y solemne. No le creo capaz de jurar en falso...

SANCHO: ¿Estás dispuesto a jurar delante de la Santa Cruz?

VIEJO CON BÁCULO: Dispuesto estoy. Tenme este bastón un momento, vecino. (*Entrega el báculo a su compañero, avanza y levanta la mano.*) Yo confieso ante Dios que este buen amigo, me prestó cincuenta monedas. Y juro que se las he devuelto, poniéndolas con mi propia mano en su propia mano. ¡Que me trague la tierra si miento!

SANCHO: Hecho está el juramento. ¿Puedo hacer algo más por usted?

VIEJO SIN BÁCULO: Nada, señor. Por encima de todo es hombre de palabra y no va a condenar su alma por cincuenta monedas. No hay duda de que él tiene la razón. Toma, tu bastón, hermano, y queda saldada la deuda para aquí y para delante de Dios.

VIEJO CON BÁCULO: Así sea. (*Recoge el báculo.*) ¿Puedo retirarme, señor?

SANCHO: Aguarda un poco. (*Medita en voz alta las palabras del VIEJO.*) ¿De manera que se los habéis devuelto... con vuestra propia mano... en su propia mano... solemne y públicamente?

VIEJO CON BÁCULO: YA lo ha oído su señoría.

SANCHO: ¿Y tanto estorba ese bastón que no puedes jurar con él en la mano? A ver, dámelo.

VIEJO CON BÁCULO: ¿Por qué, señor?

SANCHO: Porque algo me huele aquí a gato encerrado. Y el gato puede que esté encerrado dentro del bastón este báculo. (*Desatornilla el puño y vuelca sobre una bandeja el báculo hueco, de donde salen las monedas.*) ¡Ajá! ¿No lo dije? Tomad la pasta, buen hombre. Y condeno a ese otro por falsedad, que decir media verdad es lo mismo que mentir.

MAYORDOMO: ¿Qué os parece de esto, señores?

CRONISTA: ¡Viva mil años nuestro gobernador!

SANCHO: Déjense de gritos, y si real y verdaderamente quieren que viva, denme algo de comer de una vez, que no soy de piedra y me estoy cayendo de hambre.

MAYORDOMO: ¡Hola! Traigan aquí la mesa del señor gobernador.

(*Los pajes traen una mesa rica de platos, cubiertos y manteles. Se acerca un PAJE, ofreciendo una palangana con agua*)

SANCHO: ¿Qué diablos es esto?

CRIADO: Es agua para que se lave usted las manos antes de la comida.

SANCHO: Nunca hice yo eso; pero pase, si es costumbre insular. (*Se lava las puntas de los dedos. Se sienta a la mesa. El otro PAJE acude a ponerle un babero randado.*) ¿Babero también? Nunca imaginé que fuera tan dificultoso esto de empezar a comer en los palacios. (*El DOCTOR pasa tras él y le mira. Le toma el pulso, le examina la lengua.*) ¿Qué demonios mira usted?

DOCTOR: A usted, Señor, para saber por su figura qué cosa convendrá mejor a su estómago. Que soy el médico de este gobierno y nada puedo permitir tomar que sea en daño de su preciosa salud. ¡Sírvanle de esa fruta al señor gobernador! (*Sirve un PAJE. SANCHO toma del frutero un gran racimo. El DOCTOR golpea con su varilla en el cristal.*) ¡Basta!

SANCHO: ¿Cómo que basta si aún no había empezado?

DOCTOR: La fruta es peligrosa por ser demasiadamente húmeda, y está bien no comer más que una uva al principio de las comidas, sólo para refrescarse los labios. ¡Traigan la carne estofada!

SANCHO: Esos, eso. Que venga la carne, que vale más que la fruta. (*Destapa el plato y huele. Aparta los cubiertos y coge un muslo. Vuelve a oírse la varilla fatal.*)

DOCTOR- ¡Basta! Este manjar ha de usarse con mucho cuidado. Porque ya nuestro maestro Hipócrates dijo en un aforismo (*leyendo en un infolio*): «Omnis saturatio mala; perdicis autem péssima.» Que quiere decir: «Toda hartura es mala, pero la de perdices, malísima.» ¡Retiren pronto ese peligro! ¿Qué plato es ese otro?

CRIADO: Conejo guisado.

DOCTOR: Fuera ese guiso también, que el conejo es manjar «peliagudo» y demasiado montaraz para estómagos delicados.

SANCHO: ¿Delicado el mío? Señor doctor, más miedo tengo yo al hambre que a la hartura. Y siempre he oído decir que no hay estómago que sea un palmo mayor que otro. Y a buen hambre no hay pan duro,

que lo que es bueno para el bazo es malo para el espinazo. Quítese de delante y tengamos la fiesta en paz, que de la panza sale la danza. ¡El vino, muchacho!

*(El PAJE sirve una Copa. El DOCTOR se interpone.)*

DOCTOR: ¿Vino? Por encima de mi cadáver, que el vino anubla el cerebro, altera el pulso y desata los malos humores del organismo. ¡Libre Dios del vino a nuestro gobernador! *(El PAJE devuelve el vino al ánfora.)* Así lo dijo Hipócrates. Un sabio, señor.

SANCHO: ¿Y era tonto el que dijo que «el pan, el vino y la carne hacen buena sangre» y que «al buen comer, tres veces beber»? ¡Éstos, éstos son los sabios que yo quiero y no los doctores como usted que, de tanto cuidarme, me va a matar!

*(Desfilan platos y fuentes. El DOCTOR husmea y los rechaza con un golpe de varilla, ante las narices de SANCHO y regresan a la cocina. Llegan dos bandejas hasta SANCHO)*

CRIADO: Salpicón de vaca con nabos y cebollas.

SANCHO: ¿Cebollas has dicho? ¡Santa palabra querida!

DOCTOR: ¡Fuera de aquí tal guarrería! ¿Y qué ese otro?

CRIADO: Ternera en adobo.

DOCTOR: ¿Caliente y con especias? Terrible enemigo del «húmedo radical» en que consiste la vida. ¡Fuera ese adobo! ¡Y ese plato también! ¡Y el siguiente con él! ¿Qué postre tenemos?

CRIADO: Menestra de cabra.

DOCTOR: ¡Ni hablar! Vuelva esa cabra al monte sin manchar nuestro mantel. ¿Queda algo más?

CRIADO: Judiones de la Granja, señor.

SANCHO: ¡Alabado sea Dios! ¿No pensará quitármelos también?

DOCTOR: Lejos de nosotros los judiones. Para los canónigos, para los rectores de colegios y las bodas de labradores; y déjenos libres las mesas de los palacios donde ha de asistir todo primor y todo refinamiento. ¡Retírese esa olla en seguida! Ahora, después de esa fruta y esos aromas de perdiz que habéis olido, bien será que terminéis con un gran vaso de agua y una cucharilla de carne de membrillo, que os ayude a una buena digestión.

SANCHO: Prudentísimo consejo. ¿Cómo se llama usted?

DOCTOR: Yo, señor gobernador, me llamo el doctor don Pedro Recio de Agüero, y soy natural de un famoso lugar llamado Valsaín y tengo el grado de doctor por la Universidad Complutense.

SANCHO: Pues señor don Pedro Recio de mal agüero.... natural de Valsaín.... graduado en Complutense.... ¡quítese ahora mismo de delante, o si no, cojo un garrote y a garrotazo limpio no dejo médico sano en toda esta isla! ¡Fuera de aquí, australopiteco, mameluco, ectoplasma, marinero de agua dulce!

MAYORDOMO Y CRONISTA: ¡Téngase. señor.... téngase!

*(El DOCTOR huye. El MAYORDOMO Y CRONISTA calman y detienen a SANCHO.)*

SANCHO: Y ahora, señor mayordomo, vea si hay manera de que yo coma algo. Y si no, quédense con su gobierno; porque oficio que no da de comer, que cargue el diablo con él.

MAYORDOMO: No desespere su señoría. Yo daré órdenes para que mañana no vuelva a pasar.

SANCHO: Pero para hoy las necesito: que el hoy ya está aquí, y el mañana aún no. ¿No podía ser que volvieran a traerme las perdices?

MAYORDOMO: Imposible sin licencia del médico. Y menos de esos manjares, que pudiera ser que algún enemigo de usted los tuviera envenenados.

SANCHO: ¿Venenos también? Por Dios que, según se me va pasando el día, no es tan divertido este oficio de gobernar.

MAYORDOMO: A la noche tomará el gobernador una libra de uvas. Y ahora, muchachos, alcen esos manteles y tome otra vez la vara, que hay más pleitos que juzgar.

*(Retiran la mesa. El CRONISTA vuelve con un MANCEBO al que dos guardias sujetan.)*

CRONISTA: Aquí está el primero. Según me dicen se tropezó en esa callejuela con la ronda y, nada más verla, echó a correr. Y si huía de la justicia, es señal de que debe de ser un delincuente.

SANCHO: Suéltlenlo y veamos. ¿Qué delito es el tuyo?

GRACIOSO: Ninguno, señor.

SANCHO: ¿Por qué huías entonces de la justicia?

GRACIOSO: Para evitar preguntas, porque hacen demasiadas.

SANCHO: Pues las más las tendrás que contestar. ¿Cómo te llamas?

GRACIOSO: Yo no me llamo ni nunca me he llamado. Me llaman los demás.

SANCHO: Qué gracioso. ¡Pues no tengo hoy el cuerpo para gracias! Cuidado, que a veces el que va por lana sale trasquilado. ¿Adónde ibas cuando te topó la justicia?

GRACIOSO: A tomar el aire.

SANCHO: Vale. ¿Y dónde se toma el aire en esta isla?

GRACIOSO: Como en las otras: donde sopla.

SANCHO: ¿Bromitas a mí? Pues mira, hazte cuenta que soy el aire y te soplo y te meto a la cárcel ahora mismo. Guardias, llevadle a que duerma esta noche en el calabozo.

GRACIOSO: ¿A mí? Ni hablar. Entérese que tiene usted el mismo poder para hacerme dormir hoy en la cárcel como para nombrarme emperador de Japón.

SANCHO: ¿Cómo que no tengo poder para meterte en la cárcel?

GRACIOSO: Para meterme en la cárcel, sí. Para hacerme dormir hoy en la cárcel, ni usted ni veinte gobernadores juntos. Reconózcalo, señor gobernador: por más que me mande a la cárcel y que me metan en un calabozo encadenado... si yo me empeño en no pegar ojo, ¿será usted bastante poderoso para hacerme dormir si yo no quiero?

SANCHO: No está mal. Qué jodío... Anda con Dios, que no quiero yo quitarte el sueño. Pero para otra vez no te burles de la justicia, no sea que topes con alguien que te dé con la burla en los cascos. Y puesto que tienes ingenio, guárdalo para cuando haga falta y no lo gastes inútilmente. Que a todo hay quien gane... y a cada cerdo le llega su San Martín.

GRACIOSO: Le beso las manos, señor gobernador. *(Sale saludando al público con retranca. Entra una mujer desmelenada con aspecto de buscona y el GANADERO.)*

BUSCONA: ¡Justicia, señor gobernador, justicia! Si no la hallo en la tierra, tendré que pedirla al cielo. ¡Justicia contra este monstruo! ¡Ay, señor gobernador de mi alma! ¡Ay, desdichada de mí! ¿Cuándo se vio en esta isla semejante injuria a una doncella?

SANCHO: Tranquila, señora, que no tiene más razón por hablar a gritos. Quédate a este lado; pasa tú al otro, buen hombre. Ahora háblame por este oído. ¿Cuál es la queja?

BUSCONA: Mire, señor gobernador: Yo soy una honesta doncella, limpia hasta hoy de moros y cristianos, dura con los hombres como un alcornoque y entera entre ellos como la salamanquesa en el fuego. Este mal hombre topó conmigo a solas en mitad de ese campo, y abusando de mi soledad y desamparo, se aprovechó de mi cuerpo como de trapo tendido, arrebatándome por la fuerza lo que desde hace veintitrés años tenía tan guardado. ¡Vea vuestra merced si tengo razón para clamar al cielo y pedir justicia a gritos! *(Llora.)*

SANCHO: ¿Has terminado? Veamos ahora. *(Cambia de oído.)* ¿Qué respondes a esta mujer?

GANADERO: Digo, señor, que una parte es verdad y otra mentira, y que no tiene razón contra mí. Yo soy un pobre tratante de gorrinos -con perdón-. Esta mañana llegué al lugar a vender cuatro cochinos -con perdón-; que por cierto con lo que me cobraron de impuestos casi pierdo dinero. Volví a mi aldea, tropecé con esta mujer. Reconozco que tiene buena planta, pero que yo tampoco estoy mal. Y yo mozo..., el camino sin gente... En fin, señor gobernador...: que yo la miré... que ella me miró..., se me echó encima, vino el diablo y... *(Sopla fuerte y largo.)* Pero juro por mi alma, señor gobernador, que yo no le hice fuerza ninguna; que todo fue de buena voluntad y que hasta me aceptó como regalo unos pendientes de plata. Y tenga usted seguro que ésta es la única verdad. Y todo lo demás... mentira podrida.

BUSCONA: ¡Habrase visto sinvergüenza, abusador! Pobres doncellas desvalidas, ¿qué será de nosotras si la vara de la justicia no nos socorre? *(Llora a gritos. SANCHO medita.)*

CRONISTA: ¿Cuál es la sentencia?

SANCHO: Difícil negocio es éste. Veamos, buen hombre, ¿llevas algún dinero encima?

GANADERO: Esta bolsa, toda mi ganancia de hoy.

SANCHO: Trae acá. Y usted, buena mujer, ¿se conforma con estas doscientas monedas de plata como pago por el mal que este hombre os ha hecho?

BUSCONA: ¡Doscientas monedas de plata! Oh, gracias, señor gobernador. Dios os premie por la justicia que me hacéis. Dios aumente esa vida que así defiende a los necesitados y guarda la virtud de las doncellas, ¡Gracias mil veces, señor gobernador! (*Sale con grandes reverencias.*)

MAYORDOMO: Me parece, señor, que esta vez no le ha guiado el pulso y el ingenio que en los otros juicios. Muy fácilmente le ablandaron las lágrimas de esa mujer.

SANCHO: Calla y no juzgues hasta el fin, que este pleito no ha hecho más que empezar. Ahora sabremos la verdad. Buen hombre, ¿has oído mi sentencia?

GANADERO: Por mi mal la oí, que aquella bolsa era el pan de mi casa.

SANCHO: Pues bien, corre detrás de esa mujer, quítale la bolsa y vuelve acá con ella.

GANADERO: Allá voy. (*Corre tras ella.*) ¡Eh, buena mujer! ¡Alto en nombre de la ley! ¡Alto! (*Se oyes fuera la voz de la mujer, clamando.*)

MUJER: ¡Justicia de Dios y del mundo! ¡Al ladrón! ¡Mire la poca vergüenza de este desalmado, que en palacio mismo me ha querido quitar la bolsa que la justicia de su señoría mandó darme!

SANCHO: ¿Te la ha quitado?

MUJER: ¿Quitar? Ja. Antes me dejaría yo arrancar la vida. ¡Pues bonita es la niña! Tenazas y martillos no serían bastante para sacármela. ¡Antes me sacan el alma que la bolsa!

SANCHO: Así se hace, valiente mujer. Venga acá esa bolsa.

MUJER: Pero señor gobernador...

SANCHO: ¡Venga he dicho! (*La toma.*) ¿De dónde has sacado tanta fuerza? Si el valor que has mostrado ahora para defender el dinero lo hubierais mostrado antes para defender la honra, no habría fuerza en la tierra que pudiera contra ti. Anda, embustera. (*Sale la mujer gritando.*) Y tú, toma y vuelve a casa sin parar con nadie en el camino.

GANADERO: Dios os lo premie, señor gobernador.

(*Sale. Se oye fuera un redoble y un toque de clarín.*)

SANCHO: ¿Trompetas ahora? ¿Qué quiere decir esa señal?

CRONISTA: Una de dos: o son noticias importantes o los centinelas han avistado los barcos de los sarracenos.

MAYORDOMO: Son nuestros enemigos y siempre vivimos bajo amenaza de invasión.

SANCHO: Y dígame, hermano: cuando los enemigos entran, ¿qué hacen los gobernadores?

MAYORDOMO: Salir al frente de las tropas. Que es privilegio de su cargo toda la gloria del triunfo o el honor de morir los primeros en la batalla. (*El PAJE que aparece con un pliego.*)

CRIADO: Un correo urgente del señor duque.

MAYORDOMO: (*Leyendo el sobrescrito.*) «A don Sancho Panza, gobernador de la ínsula Barataria, en su propia mano o en las de su secretario.»

SANCHO: ¿Y quién es aquí mi secretario?

CRONISTA: Yo, señor, porque sé leer y escribir y además soy de Bilbao.

SANCHO: Con eso bien podrías ser secretario del papa. Abre ese pliego y sepamos qué dice.

CRONISTA: «A mi noticia ha llegado, señor don Sancho Panza, que nuestros enemigos piensan darle un asalto furioso una noche de éstas. Esté alerta y no descanse, no sea que le pillen a oscuras y acostado. Sé también que han entrado unas personas disfrazadas para quitarle la vida. Ojo: no se fíe de nadie y no coma ninguna comida, porque puede estar envenenada. En su valor y discreción confío para salvar la ínsula. Firmado: Su amigo, el duque.»

MAYORDOMO: Graves son las noticias. ¿Qué dice su señoría?

SANCHO: Digo, señores, que si así es el oficio de gobernar, el hijo de mi madre no nació para esto. (*Comienza a despojarse de sus insignias.*) Si he de mandar ejércitos y velar sobre las armas, y sentenciar pleitos a todas horas, y vivir con temor de que me maten enemigos a los que nunca ofendí, y no comer ni beber... A mi trabajo y a mi tierra me vuelvo. Devuélvanme mi borriquillo, mi único amigo. Y si algo merezco, sólo pido que me den medio pan y medio queso, que yo comeré de camino a la sombra de una encina mejor que comí en palacio. (*Al público.*) Y a vosotros, ciudadanos de esta isla Barataria, adiós. Si no os hice bien, tampoco quise haceros mal. Nadie murmure de mí, que fui gobernador y salgo con las manos limpias. Pocos gobernadores pueden decir lo mismo.